



MÓNICA PONT NO ESTÁS SOLA

La desgarradora historia de una madre a quien la injusticia de la justicia separó de su hijo

m̄r

MÓNICA PONT

NO ESTÁS SOLA

La desgarradora historia de una madre
a quien la injusticia de la justicia
separó de su hijo

mr̄ ediciones martínez roca

© 2016 Mónica Pont

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2016

Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16253-67-8

Depósito legal: B. 20.739-2016

Primera edición: noviembre de 2016

Preimpresión: Víctor igual, S. L.

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

Introducción	13
I. La verdad	15
II. Él	17
III. La conquista	25
IV. Los preparativos	39
V. La exclusiva	51
VI. La boda	65
VII. La noche de bodas	73
VIII. Casados	79
IX. Una premonición	85
X. La escultura	107
XI. Mateo	115
XII. El complot	131
XIII. El error	145
XIV. Un juicio anormal	161
XV. La trampa	175
XVI. Un juicio nada normal	183
XVII. El fallo	193
XVIII. Cosa de dos	197
XIX. La apelación	209
XX. El informe	217

XXI.	Condenada a sufrir	231
XXII.	Se cumplió mi sueño	245
XXIII.	El fin de la felicidad	251
XXIII.	No quiero estar sin ti	269
XXIV.	Su primera comunión	279
XXV.	Yo no me rindo	287
XXVI.	¿Y los derechos de los niños?	299
XXVII.	¿Y ahora qué?	305

I

LA VERDAD

Siempre me sentí una desgraciada porque lo fui. Incluso de niña.

Recuerdo que me costaba sonreír. Crecí dando tumbos entre los insultos y golpes que mi padre le propinaba a mi madre sin más motivo que el hecho de querer tener razón. Él fue así, un ser despiadado que no fue capaz ni de sentir la muerte de su hija. Mi hermana tenía entonces doce años, había enfermado de cáncer unos meses antes y no hubo nada que pudiéramos hacer salvo llorar nuestra desgracia a diario. Yo era pequeña, pero lo suficientemente mayor para enterarme de todo. Del decaimiento de mi hermanita que se marchitaba irremediabilmente como una flor sin agua, del dolor de mi madre —que sentía que se le iba su niña—, de los suspiros de mi abuela que sollozaba cada vez que se creía sola, y de la insensibilidad de mi padre que se dedicaba a organizar fiestas mientras mi madre permanecía sentada en el hospital a los pies de la cama de mi hermana y yo en casa de mi abuela. Éste era mi mundo, un mundo lúgubre del que intentaba escaparme. Encontré mi particular rincón, un recoveco en el que me refugiaba mientras resonaban los empujones que mi padre le daba a

mi madre despidiéndola hacia los muebles. En mis tímpanos se clavaba el impacto de los vasos que mi padre estrellaba contra la pared. Un día abrió la puerta del piso, agarró a mi madre por los antebrazos y la tiró escaleras abajo. Yo la oí bramar y sólo recuerdo que deseé que las dos muriéramos para reunirnos con mi hermana Adrienna y los angelitos del cielo. «Allí seremos felices», pensé.

El escondite era el armario de la habitación de la costurera de mi madre, una salita minúscula en la que ella y mi abuela nos cosieron a Adrienna y a mí los vestidos que llevábamos a misa los domingos. El armario era grande y las dos jugábamos a escondernos en él y a observarlas sin que ellas se dieran cuenta. Creo que siempre lo supieron, pero disimulaban para que disfrutáramos de nuestro juego. Aquel armario me traía buenos recuerdos: Adrienna, mi madre, mi abuela y yo, las cuatro, queriéndonos y sonriendo. En él me sentía protegida cuando mi padre se arrancaba con sus alaridos amenazantes que presagiaban otra desgracia. Yo corría, lo abría, me acurrucaba y, encerrada, lloraba y lloraba suplicando que aquello terminara, pero seguía; entonces me imaginaba que mi madre y yo huíamos y nos íbamos a vivir a la playa con otros niños y madres que jugaban con pelotas de colores que lanzaban al aire sin dejar de reír.

Él, Alphonse Gabriel Costello, el hombre que me engendró y que me destrozó, fue cruel; pero por encima de él estuvo Francesco Salerno.

II

ÉL

Dicen que las mejores cosas suceden cuando no las buscas. Eso creí yo aquella tarde del 17 de junio de 2001.

Estaba en mi *atelier*, con un carboncillo en las manos, dibujando y desdibujando algunos bocetos de lo que sería mi lanzamiento al mundo en la alta costura. Era una colección que llevaba prometiéndome a mí misma desde el día en el que sentí que un Valentino se pegaba a mi piel y me convertía en una especie de semidiosa. Eso fue siete años antes, en París, en la Semana de la Moda de la Alta Costura. Fue en mi etapa de modelo, en la que todos me miraban pero casi ninguno me escuchaba. Es lo que tiene ser un adorno. Yo disfrutaba con las pruebas antes de cada desfile porque en ellos tenía el privilegio de ver al diseñador colocando los alfileres que terminaban de esculpir las prendas. Un año después, me apunté a la academia de diseño de Milán. Recuerdo que lo anuncié en una entrevista que me hicieron para la televisión francesa después de un desfile. Aquello supuso un revuelo. Los medios internacionales se hicieron eco y no hubo un solo rincón de mi querida Italia al que no llegara mi pretensión. «La modelo

más cotizada de Italia quiere ser diseñadora», «Los ojos más cristalinos de las pasarelas miran al *backstage*. Carolina quiere diseñar», «¿Cambiará las pasarelas por la aguja?», escribieron los periódicos y las revistas del corazón. La sociedad se removió como si aquello se tratase del aterrizaje de un ovni en el Coliseo. Esa dureza me exigió más tesón. Era mi sueño y no iba a permitir que ningún periodista me lo destrozase. Cinco años después, con mis estudios terminados, tomé la decisión de retirarme de forma definitiva de aquel juego de ser modelo y lanzar mi primera colección como diseñadora con la ayuda de mi mejor amiga en la distribución. Brigitte y yo nos llamábamos socias, aunque nunca hubo nada más que un compromiso moral de ayuda mutua. Ella había sido modelo con dieciséis años y después modelo de patronaje para algunas marcas. Conocía a los dueños de las mejores tiendas multimarca de Italia y se llevaba un quince por ciento del dinero de la ropa que colocaba.

Esa primera colección fue sencilla, una primavera-verano básica con líneas geométricas. Cazadoras largas, monos y pantalones pitilleros de talle alto. Funcionaron. El invierno también, y la nueva primavera-verano que le sucedió, todavía más. Poco a poco fueron creyendo en mí como diseñadora. Los estilistas aplaudían mis diseños y la gente los compraba; pero yo me sentía en medio de una amalgama homogénea de patronajes que no me llevarían a ningún lugar. Quería avanzar, ser una Valentina, crear un estilo. Brigitte me ayudaba con sus comentarios. Mi anhelo era sorprender con trajes de fiesta que nunca antes se hubiesen visto. Oros, perlas, brillantes, bordados... Mil y un pequeños detalles que convierten un vestido en una joya. «Crea arte», fue el titular que sacó

Vogue y por el que pienso que, al fin, me consideraron diseñadora.

Sonó el teléfono. Lo descolgué y solté una risa tonta al verme la nariz pintada de negro en el espejo. Me la había manchado con el carboncillo. Era mi amigo Marcelo. Confidente y consejero, con él casi perdí la vida en dos maratonnes. Me empujó a hacerlas y le odié por ello, pero me sirvieron para darme cuenta de que es la mente quien conduce al cuerpo y no al revés. Recuerdo que mis piernas no sentían su propio movimiento y que, sin embargo, fui capaz de correr una hora más hasta alcanzar la meta. Al llegar a ella, me desvanecí.

—Hermosa, vamos a Cerdeña la semana que viene —me dijo con su voz cantarina.

—¿A Cerdeña?

—Sí. He alquilado una casa en Porto Cervo con unos amigos. Va a ser un plan tranquilo.

—¿Con quién?

—No los conoces. Son socios de distintos temas. Te caerán bien. Necesitas que te dé un poco el sol. Últimamente estás blanca como el resplandor.

—No creas, justo ahora estoy negra —dije riendo mientras me raspaba la mancha del carboncillo con los dedos negros que, en lugar de limpiarla, la extendieron por el resto de la cara.

—¿Te has escapado al Caribe?

—No, era broma. Lo tengo complicado, estoy atascada con los diseños de mi primera colección de alta costura.

—No puedes estar todo el día en el taller. Tienes que ventilarte. Eres joven y guapa. Tienes que socializar. Ven el fin de semana, descansas, tomas nuevas ideas, te doras un poco, aunque sólo sea efecto miel, y vuelves a tu *atelier*

para terminar la mejor colección que se ha exhibido sobre una pasarela. Quedará muy chic que digas que te inspiraste en Cerdeña.

—¡Qué liante eres!

—¡Qué bonito piropo! No esperaba tanto. Yo también te quiero, preciosa.

—No seas tonto. Es una forma cariñosa de decirte que me convences, y lo sabes.

—Entonces, ¿vienes?

—Bueno, igual sí —le dije para que se callara.

Lo cierto es que me apetecía dedicar dos días a reír sin freno. Busqué vuelos por internet y me presenté en Olbia. El aeropuerto estaba vacío, apenas diez turistas esperando las maletas y unos siete u ocho pasando el control de aduanas. Cogí un taxi. Marcelo me esperaba en la piscina con siete amigos más. Cuatro chicos y tres chicas, todos bronceados de color canela. Reí, hablé, nadé, me senté en las tumbonas, las colchonetas ardían de estar al sol y, de pronto, cuando tenía el pelo empapado y la cara embadurnada con crema protectora, apareció él: Francesco Salerno. Fue mi primer novio, esa primera ilusión que te hace creer que el resto de la vida será con él. En mi caso, once meses de inocencia que se truncaron cuando lo vi meterse una raya de un polvo blanco que ni siquiera sabía qué era. Él tenía veintiséis años, nueve más que yo. Estaba en la parte de atrás de su deportivo, apretado, con dos amigos. Apoyaba los pies en los dos asientos delanteros, sin pensar en el cuero ni, mucho menos, en que alguien le pudiera ver. La escena era ridícula. Apenas cabían. Mateo, el amigo más dócil de Francesco, sostenía un panfleto de publicidad de la discoteca con las manos. El otro salivaba como un canino. Sobre el díptico tenían un monton-

cito de polvo blanco que Francesco distribuía en filas con una tarjeta de crédito.

—¿Qué es eso? —le pregunté con inocencia.

—Cocaína. Una droga —dijo entre carcajadas, mientras le clavaba los codos a sus colegas. Se agachó y esnifó.

Había oído hablar de las drogas y de sus adicciones, en el instituto nos prevenían acerca de ellas y yo me preguntaba quién podría consumirlas. Ya tenía la respuesta: Francesco, mi Francesco.

—¡Yujuuuuuuu! —gritó de una forma ridícula. El cuerpo se le deslizó y la nuca le cayó hacia atrás.

Pude percibir cómo perdía el control y sentí miedo. Me recordó a mi padre cuando bebía. Trago a trago se exaltaba hasta que llegaba un momento en el que nos golpeaba.

—Pero eso es malo, Francesco. No lo hagas más, por favor —fue todo cuanto acerté a decirle. Un sollozo me cortó la voz.

—Lo hago todos los días desde hace dos años. La coca está antes que tú. ¿Te enteras?

Yo no contesté.

—Anda, marcha a por un cubata. ¡Eh! —gritó—, y chitón. De esto, ni mu a nadie.

Sus dos amigos reían a carcajadas. Lo dijo con tanto despotismo que mi ánimo se alteró y sólo pude irme. Lo hice sin intención de volver, y lo cierto es que nunca volví. Él tampoco. Llamó una vez y, como no le contesté, se olvidó. Estaba en su mundo de drogas con jovencitas de falda corta y escote pronunciado. Supongo que yo le parecí demasiado recatada. En mi soledad, empecé a consumirme. Apenas ingería alimentos y los nervios me disminuían la carne. Mi cuerpo se quedó reducido a una especie de esqueleto con pellejo. Mi madre me suplicaba, entre lágri-

mas, que comiera pero yo no podía. La pena me había cerrado el estómago. Fueron tres semanas de llorar un día tras otro, de sentirme basura y de buscar explicaciones a aquella noche, hasta que una tarde, sin más motivo, dejé de hacerlo. Entonces apareció Adelpho, un buen chico con el que paseé tres meses. No hubo beso. Durante los dos primeros meses no se atrevió a darlo y, cuando al fin se lanzó, yo bajé la cabeza en dirección al suelo. Permanecí mirando la punta de mis pies hasta que él apoyó una mano en mi brazo y me dijo:

—Puedes mirarme. No voy a forzarte a que me beses.

Subí la cabeza, le miré con mucho cariño. En ese momento tuve la valentía de decirle la verdad.

—Lo siento, no estoy preparada para que seamos novios. No estoy enamorada de ti. —En esto último, tartamudeé.

Fue una confesión del alma, quizá demasiado sincera. Es algo que siempre me ha caracterizado y contra lo que lucho, pero no lo consigo. Suelto lo que llevo dentro. Pensamientos, historias, instintos o sentimientos. Me beneficien o me perjudiquen. Da igual, si yo los tengo, los cuento.

Esa tarde, en la piscina de Porto Cervo, habían transcurrido quince años en los que los dos habíamos cambiado (diría que, en apariencia, los dos habíamos mejorado). Francesco tenía cuarenta y yo tenía treinta y uno. Lo miré petrificada. Era el mismo, pero más atractivo. Tenía el cuerpo atlético y un cierto poso que le faltaba con veinticinco. Recuerdo que me quedé congelada al ver su figura con esa espalda ancha y los bíceps marcados. Seguía teniendo ojos de pícaro, pero los dulcificaba con su mirada. Mi estómago se revolvió y sentí que todavía llevaba dentro algo de lo que un día sentí.

—Hola, Carolina.

—Hola.

En mi mente comenzaron a caminar los recuerdos.

—¿Que tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Más maduro que cuando me dejaste.

Sonrió con una risa tonta y yo le acompañé con otra todavía más tonta.

—He cambiado mucho, Carolina. Ahora llevo una vida muy sana. Deporte, comida ecológica, nada de transgénicos y mucha agua, sólo agua —lo dijo con un tono tan sobrio que le creí, hasta lo admiré. Tenía un halo de triunfador. Lo acompañaba con su voz quebrada que me desmontaba.

—Me alegre.

—¿Te apetece que cenemos?

—¡Un momento! ¿Qué es esto? Vienes a mi casa y antes de saludarme te intentas ligar a mi amiga —irrumpió Marcelo en tono de broma, pero con cierta verdad.

Mi respuesta quedó en el aire. Yo me moría por decir que sí, Francesco porque le dijera que sí y Marcelo por un no rotundo que intentó provocar.

—No me parece buena idea que te lleves a Carolina por ahí. Eres demasiado vicioso y ella es una buena chica dedicada a su firma de moda —añadió Marcelo con un tono jocoso ciertamente dudoso.

—Supongo que eso es algo que tiene que decidir Carolina. ¿De dónde te has sacado que soy vicioso? —respondió Francesco un tanto ofendido.

—De tu pasado. Quiero uno más decente para mi Carolina.

El ambiente comenzaba a tensarse cuando uno de sus

amigos hizo de DJ y pinchó una samba brasileña con ritmos tecnológicos. El ruido de la música acallaba los demás sonidos.

Francesco se acercó a mi oído.

—Te vengo a buscar a las nueve —me susurró al oído.

Yo asentí.